

### Bibliografía

<sup>1</sup> De la Cueva Delgado, A. «Del Malestar Social al Síntoma particular». *Cuadernos Andaluces de Psicoanálisis* n.º 21, p. 38

<sup>2</sup> Medina Tornero Manuel Enrique. «La Implantación de la Calidad en Servicios Sociales». Desafío a la Tradición. *Papeles del Psicólogo* n.º 74, p. 26.

<sup>3</sup> Reale Giovanni y Antiseri Dario. *Historia del Pensamiento Filosófico y Científico*. Tomo I. Ediciones Herder. Barcelona, 1991, p. 113.

Otros textos:

<sup>4</sup> Alemán, Jorge. *La Experiencia del Fin. Psicoanálisis y metafísica*. Miguel Gómez Ediciones. Málaga, 1996.

<sup>5</sup> Beck. Ulrich. *La Sociedad del Riesgo*. Paidós Básica. Barcelona, 1998.

<sup>6</sup> Doguet, Marie Hélène. «Las Formas Modernas de la Segregación y el psicoanálisis». *Cuadernos Andaluces de Psicoanálisis* n.º 23, p. 30.

<sup>7</sup> Freud, S. *El Malestar en la Cultura* (1929). Obras Completas, tomo VII. Biblioteca Nueva.

<sup>8</sup> Sánchez Marmolejo, A. «El Cliente siempre lleva razón». *Cuadernos Andaluces de Psicoanálisis* n.º 23.

<sup>9</sup> Vicens Jesús. *El valor de la salud*. Siglo XXI. Madrid, 1995.



## Bienestar social o malestar de la cultura

M<sup>a</sup> José Gómez, Estanislao Mena,  
Miguel A. Sánchez

### Introducción al tema

Partamos de lo expuesto por Judith Miller en una de las entrevistas que se le hacen en Buenos Aires con motivo del Encuentro Internacional en julio de 2000. «Ante la postmodernidad, el discurso analítico debe renovar su desafío», y añadirá más adelante en la misma entrevista que «el psicoanálisis debe abstenerse de reflotar los ideales caídos tras la crisis de la postmodernidad».

Los analistas estamos enfrentados al análisis de los efectos de nuestro tiempo, que muestran entre otros los efectos de la disolución del sujeto, la declinación de la función paterna, las consecuencias de las nuevas formas familiares, la pérdida de los ideales, etcétera, y son con esas consecuencias, con esos síntomas del malestar de esta cultura con los que el analista va a tener que enfrentarse.

En un momento histórico en el que el hombre dominado por el discurso capitalista y falto de ideales porque éstos ya resuenan como algo ancestral, colocada su esperanza en las promesas de la ciencia e invadido por la tecnología, resulta curioso el efecto invasivo de multitud de religiones. Dos ejemplos, entre muchos, resultan llamativos, la iglesia de la ciencia imperante en Hollywood y las múltiples conversiones de jóvenes universitarias occidentales a las formas más

fundamentalistas del islam cuando aún resuenan el eco de las voces de los grupos feministas solicitando libertades para la mujer, su derecho al voto, igualdad ante la ley en la pareja, la entrada en la universidad, etcétera.

Esta fuerte presencia religiosa da fe precisamente de la crisis del hombre y el intento de recuperar una identidad frente a la universalidad de la ley del mercado. En este momento de auge religioso, recordemos la conocida frase «es sobre el triunfo de la religión donde el discurso psicoanalítico admite su fracaso».

#### Modernidad-Postmodernidad

**Modernidad** Para centrar el tema parecía necesario abordar los conceptos de modernidad y postmodernidad si bien sólo mediante unas leves pinceladas.

Partamos de la concepción que Jürgen Habermas tiene de la modernidad, para él es un proyecto inacabado. Para este autor, los aspectos filosóficos penetran en la cultura de la modernidad a partir de la traducción de las obras de los neoestructuralistas franceses y será la crítica del neoestructuralismo a la razón la que marcará el paso a la modernidad, si bien Habermas, como otros muchos pensadores del momento, asume que el modernismo se eleva a la filosofía ya desde el siglo XVIII e incluso finales del XVII.<sup>1</sup>

Parece ser una opinión general considerar que el embrión de la ciencia moderna, el primer paso a la modernidad, se encuentra en el *cogito* cartesiano a través del cual se iniciará la transferencia de Dios al sujeto, aunque sin duda, habrá un largo período de tiempo en el que Dios aún será considerado como causa final. Será entonces con el propio Descartes que se da el primer paso hacia el pensamiento moderno y su consecuencia sería el nacimiento de las diversas teorías del conocimiento.

Con este avance, que abarcará tanto a las ciencias como a las artes, se inaugura progresivamente el deterioro de la autoridad, toda vez que se iba desmoronando progresivamente el modelo deontológico en favor de otras autoridades de carácter epistemológico. Un paso más lo encontraremos a mediados del XVIII, en Immanuel Kant con *La crítica de la razón práctica* obra a través de la que se introducen dos conceptos fundamentales: la razón y la crítica, lo que implicará una nueva concepción en el hombre moderno, «cada uno actuará según su ley».

La crítica, en ese momento, va a ser considerada el fundamental ejercicio intelectual y la indispensable condición de todo conocimiento, la actividad sobre la que se está levantando ese mundo moderno. Un mundo que tiene de base la ilustración, la educación, la difusión del conocimiento. Un mundo en el que, por primera vez, el saber universal trata de ponerse al alcance de todos los hombres intentando ya el ejercicio de la libertad, la igualdad y la fraternidad. El conocimiento empezaba, pues, a ganar terreno a la ignorancia dando lugar al quebrantamiento de las falsas autoridades que hasta entonces habían imperado; la pérdida del poder de la superstición y todo ello iría afectando paulatinamente a los pilares de la iglesia católica lo que suponía el inicio de la pérdida de su poder absoluto sobre ese nuevo hombre que empezaba a surgir.

Crítica, conocimiento y razón, una trilogía que permitirá al hombre del XVIII entrar en un mundo moderno. La razón llega a ser el instrumento privilegiado para poder cumplir los propósitos del hombre en este nuevo mundo y, como decía Leibniz, hacer de él el mejor de los mundos posibles. Era éste el momento del poder de la razón porque sólo ella era fiable, sólo ella permitía conocer las leyes del universo cuya conquista ya empezaba el hombre a ambicionar.

Sí, el mundo moderno empieza a definirse propiamente a lo largo del siglo

xviii y parece acotarse en un extenso período que va desde 1700 a 1960, dos siglos y medio. Largo período en que se obtienen grandes conquistas, primero intelectuales, más tarde fueron surgiendo las luchas por la libertad y la igualdad, las revoluciones ideológicas, las transformaciones sociales, las guerras de expansión y los sistemas políticos, junto con la organización económica, la práctica de la industria y el comercio y, cómo no, los grandes avances científicos y tecnológicos. Período este en el que la sensación es de haberse producido un fuerte incremento en el ritmo del devenir de la historia.

La década de los años sesenta, viene a marcar para los historiadores un momento de declive para ese mundo moderno y por tanto la entrada en lo que se ha llamado la postmodernidad. La temática de esos años parece centrarse en los «finales de», el fin de todo estará presente en los múltiples debates. Por doquier aparecen las cuestiones referidas al fin de la filosofía, fin de la historia, fin del hombre, la cuestión del último hombre e incluso el fin de Dios con la teología de la muerte de Dios... El discurso marxista visto desde muy diversas ópticas, sería también protagonista de este momento y como dice Jorge Alemán, el propio Heidegger en su *Carta al humanismo* ya diagnosticaba que «el marxismo, al experimentar la alienación, alcanza a introducirse en una dimensión esencial de la historia», haciendo constar como el propio Lacan estaba inmerso, así mismo, en estos discursos como lo muestran las distintas confrontaciones que propone en su enseñanza sobre el sentido hegeliano-marxista de la historia y el modo de concebir la historia en la experiencia analítica.<sup>2</sup>

**Postmodernismo** ¿Podemos hablar de post-modernismo?, ¿puede definirse de alguna manera un modo de hacer específico?, ¿podríamos considerar como tal

un determinado período de la historia? Ya que al parecer estamos inmersos en él sólo resta decir que, «por sus obras lo conoceremos», veamos cuáles son esas obras y tratemos de definirlo mediante ellas.

Post-modernismo, la denominación se configura anteponiendo al sustantivo modernismo un prefijo, el prefijo post. Los prefijos 'post' o 'pre', implican por sí mismo una connotación de imperfección o de dependencia respecto al sustantivo que acompañan. Según esto post-modernidad implicaría una concepción inacabada e infravalorada respecto de la modernidad, lo que no puede extrañarnos según la consideración que hemos podido ver de Habermas.

Al hilo de estas teorías finalistas ha surgido también otra determinada corriente muy avanzada la segunda mitad del siglo xx. Se trata de un grupo de jóvenes filósofos que apoyados en Nietzsche y Heidegger tratan de representar a la filosofía del futuro, construyendo lo que llaman las filosofías de la diferencia basadas en la fragmentación y la multiplicidad, que son nociones en oposición a la dialéctica que parte de Hegel y que implicaba una visión globalizadora. A esta corriente se le ha denominado «pensamiento débil», según Gianni Vattino y también «condición post-moderna», concebida como la toma de distancia respecto a los ideales básicos de la modernidad, es decir la concepción de progreso, de vanguardia, de crítica, etc., lo que viene a resquebrajar o a poner en solfa la propia concepción de la modernidad e inaugura la crisis de sus valores éticos, culturales y sociales. La crisis de esos valores que habían representando al modernismo representará la entrada en el post-modernismo.

Si con estos pocos datos quisiéramos definir el postmodernismo tendríamos que decir que es un concepto negativo, su base es la pérdida de características fundamentales de épocas anteriores, echemos si no una ojeada a la pintura, la

poesía, la arquitectura que empezará a surgir a partir de ese momento...<sup>3</sup>

Afirman, no sin dureza, esta generación de filósofos, que ya no queda casi nada. Después de Nietzsche, aseguran, queda poca constancia. A ese momento de la filosofía se le va a denominar «la ontología del declinar» en la que ya no existe ninguna certidumbre que acote el ámbito de la razón, donde ya no hay protagonistas ni existe ningún otro sujeto racional a priori. Sólo aparece una débil certidumbre que conllevará al hecho de que no existe más ontología que la diversidad de discursos.

Es ésta una concepción fatalista del porvenir que nos hace recordar a la culta Grecia, con su teoría degenerativa de las edades del mundo de Hesiodo, la edad de Oro, plata, bronce, hierro y que implican una concepción regresiva de la evolución; o en la misma *República* de Platón donde se muestra la necesidad de un fuerte autoritarismo como única solución para frenar ese natural deterioro del devenir histórico.

Posición radicalmente opuesta a la concepción optimista que posteriormente impondría el mundo cristiano procedente de los patrísticos y que ofrecen un nuevo devenir histórico. Un ejemplo lo tenemos en *De civitate dei* de San Agustín, obra en la que se propone como la humanidad es la realización del plan de Dios. Discurso optimista basado en el poder divino y que, en cierto modo, se va a prolongar hasta la iniciación del mundo moderno.

Dejémonos de historia, ¿qué tenemos hoy en nuestro siglo XXI?

Hegel, Comte, Nietzsche, serán hombres que elaboraron sus teorías desde la modernidad al mismo tiempo que formaban parte de ella pero también inauguraban la postmodernidad tratando de analizar la historia y de predecir el futuro del hombre sobre la tierra. Existía en ellos una fuerte crítica de anteriores corrientes de pensamiento como de su

tiempo pero tratando de ofrecer una nueva opción, un ideal que permitiera al hombre avanzar con una cierta esperanza.

Finalizando el siglo XIX y avanzando en el XX se inicia la caída de los grandes ideales que se habían conformado en el mundo moderno. Va a surgir el desencanto de las grandes reformas sociales y junto a este estremecimiento aparece el avance imparable de la ciencia y la técnica así como el soporte de la economía mundial basado en el consumo, elemento éste hacia el que se vuelven las miradas de todas las áreas, incluso las propias artes o las letras.

El post-modernismo entendido, entonces, como el resultado, del estremecimiento de la propia modernidad en el mundo occidental y cuyos síntomas han venido mostrándose desde la segunda mitad del siglo XX. Síntomas que se nos antojan un tanto paradójicos por cuanto son similares a los de tiempos pretéritos a pesar de los avances de la cultura. Pongamos por caso cómo en la década de los 90 junto a los avances tecnológicos y científicos, al incremento de la esperanza de vida, del dominio del espacio o del auge económico, siguen produciéndose los temores apocalípticos que dan fe de la inseguridad del hombre en el mundo. Temores que no sólo se observan en las agoreras predicciones sobre el fin del mundo de determinadas sectas o grupos religiosos sino que hemos podido observar en los grupos más tecnificados cuando parecían esperar con estupor la posible debacle del famoso «efecto 2000».

Esta época, que hemos convenido en llamar post-modernismo, que ya no está sostenida por unas teorías filosóficas, en la que no existen ideales de sistemas políticos que puedan prometer un mundo nuevo, parece más bien que esté constituido por un resto, por el resto de los fracasos del pasado.

¿Podemos decir que es una época que tiende a la depresión? Lo que sí pode-

mos constatar por poco que estemos informados por los medios de comunicación o la propia calle, el movimiento de grandes capitales, la fuerte oferta del consumo, las respuestas especialmente agresivas, los programas basura que entretienen al público con historias personales al desnudo, programas como el «Gran Hermano», que desbanca en audiencia, incluso a un partido internacional de fútbol, que hasta hace poco había sido el *come-cocos* nacional en este país, etcétera.

Pueden apreciarse también exagerados presupuestos para cubrir vanales necesidades creadas cuando no se dan respuesta a situaciones de verdadera emergencia. Si durante la etapa de la modernidad se pretendió la igualdad ante la ley para todos los hombres en esta etapa postmoderna nadie se molesta en pensar cómo crece el índice de población en los cinturones de pobreza tan cercano a los núcleos donde se asienta la sociedad del bienestar. Detengámonos en una noticia reciente. El ayuntamiento de la capital de España se ha aprobado un gasto de 20.000.000.000 de pesetas para la instalación de unidades de vídeos en diversas estaciones y coches del metro. A pocos kilómetros de la capital metropolitana, en los arrabales de esa misma ciudad, grupos de jóvenes viven en la delincuencia y en la droga en unas miserables condiciones económicas y culturales. En este sentido podríamos colocar un largo etcétera.

#### La sociedad del bienestar o el malestar de la cultura

En una ocasión Freud dijo en la intimidad, ¿por qué la cultura y el malestar y no la incultura y el bienestar?, Freud veía ya en ese momento como la cultura lleva implícita el malestar o por lo menos que no puede remediarlo.

A partir de los años veinte Freud retoma su antiguo interés por la cultura y

el análisis de la sociedad centrándose en su porvenir y como en el estudio del inconsciente buscaba los orígenes para entender el presente y pensar en lo que podría vislumbrarse del futuro. Abordará el análisis de las sociedades con el mismo modelo con el que había investigado el psiquismo, diría que escoge el pasado de una ciudad para compararlo con el pasado del alma humana. Tenemos ahí un Freud cuasi postmodernista, un Freud que está viendo la inconsistencia del hombre en la historia, su fragilidad en medio de esa lucha que parte de sí mismo, de su propia fuerza pulsional y que a su vez debe enfrentarse al poder de la cultura, no carente de pulsiones puesto que está sostenida igualmente por hombres. En *El porvenir de una ilusión*, dirá que «si durante todo un lapso uno ha vivido dentro de una cultura determinada y por eso se empeñó a menudo en explorar sus orígenes y su ruta de desarrollo, en algún momento lo tentará dirigir la mirada en la otra dirección y preguntarse por el destino lejano que aguarda a esa cultura y las mudanzas que está llamada a transitar».<sup>4</sup>

Hacia ya tiempo había descubierto la pulsión y sus avatares, había escrito *Más allá del principio del placer* con lo que su anterior concepción de la historia en la que se podía apreciar un cierto optimismo se nos muda en el Freud de *la infelicidad en la cultura*. En esta obra encontramos un tema capital, que nos ayudará a enfocar el actual análisis del postmodernismo, la pulsión, las exigencias pulsionales, Strachey lo expresa así, «el irremediable antagonismo entre las exigencias pulsionales y las restricciones impuestas por la cultura». Lo pulsional podemos descubrirlo también en la obra de Lacan, que si bien en un principio concebía la repetición como lo que se traduce por insistencia de la cadena Sgte, progresivamente irá comprometiendo el carácter pulsional de la repetición con la estructura del lenguaje.<sup>5</sup>

En el inicio de la obra *El malestar de la cultura*, Freud hace constar que pretendía explicar lo que el hombre entiende por religión, entendida ésta como el conjunto de las doctrinas y promesas que aclaran el enigma de origen del hombre y la providencia que vela por su vida. Al principio del capítulo II dice con crudeza lo decepcionante que se le presenta la vida al hombre y como para poder soportarla necesita de unas construcciones auxiliares y tomando como referencia a T. Fontane las divide en peligrosas distracciones que minimicen las miserias propias; en satisfacciones sustitutivas que reduzcan esas miserias o en determinadas sustancias embriagadoras que permitan al hombre ser insensible a esas mismas miserias.

Finalmente el hombre huye constantemente y se defiende con los medios de que dispone en cada momento de su ser para la muerte. Se defiende, así mismo, de sus pulsiones y distrae como puede su angustia inevitable con los medios que cada época le ofrece. Medios, que en unos momentos han sido de orden filosófico o en forma de ideales y en otros se han centrado en la búsqueda del principio de la vida mediante la ciencia, buscando el dominio de la naturaleza mediante la técnica o como en los finales del siglo xx buscando sistemas de evasión y fuertes emociones pero principalmente con su incondicional sometimiento al consumo.

En el mismo texto, Freud hace constar como desde siempre el hombre se ha venido planteando su pregunta por el fin de la vida humana y sin que haya obtenido respuesta sigue insistiendo en ello, tal vez porque si se concluyera en la ausencia de un fin, la vida para el hombre perdería todo su sentido. Es un trabajo que presenta un fondo de desesperanza indicando al final del mismo como el extremo conocimiento sobre el mundo aportará al hombre tal poder que tendrá en sus manos su autodestrucción. No obstante finaliza con una espe-

cie de invocación al vacío: «Cabe pensar que el Otro de los dos poderes celestiales, el Eros eterno, haga un esfuerzo para afianzarse en la lucha contra su enemigo igualmente inmortal ¿pero quien puede prever el desenlace?»

¿Qué podemos decir en este sentido del malestar de la cultura de nuestra época, de la última década del siglo xx, de la entrada en el xxi? ¿Cuáles son los ideales por los que se rige? ¿Cuáles son sus síntomas?

¿Qué marca la diferencia en cuanto a los síntomas de final del xix cuando Freud iniciaba su investigación y los que se manifiestan en este otro final de siglo? Pongamos en relación ambos momentos de la historia poniendo como ejemplo la cuestión del olvido en los pacientes de ambas épocas. En las histerias freudianas, el olvido implicaba un material reprimido dirigido al Otro para ser interpretado en tanto que la historicidad autorecusada de los toxicómanos pretende obtenerse, más bien, un corto circuito de goce en el propio cuerpo. Ese no sólo es un efecto propio de las drogas prohibidas pues conocemos otros productos existentes en el mercado que llevan al sujeto hacia el goce contemplativo de igual manera.

Lo que vemos *a priori* es una sociedad que busca remedios para su malestar y la oferta a esa demanda parece estar en el consumo. Sí, los malestares y las respuestas a estos malestares en este fin de siglo parecen estar centrados en el consumo, un buen eslogan sería, «al bienestar por el consumo», «al bienestar por el comprar», «al bienestar por el tragar»....

Consumo, basado en la publicidad, pero tengamos en cuenta que hay una publicidad que ya ha quedado obsoleta para este mundo post-moderno. Está pasada la publicidad que ofrecía la belleza, el buen nivel social, el amor, la familia feliz..., la publicidad que ofrecía objetos que garantizaban la felicidad. Esa publicidad, ya ancestral, que estaba basada en

el principio del placer, ha venido sufriendo un profundo cambio en la última mitad del siglo. El marketing ya no da la medida de del goce fálico sino que en sus ofertas lo que se aprecia es más bien un plus de goce, lo que viene a marcar una diferencia con aquella primera publicidad y que parece haber roto la barrera del principio del placer. Los anuncios actuales pueden mostrar agresividad, dolor, riesgo. Muestran, en fin, una nueva forma de consumo asentado en un más allá del principio del placer,

Es difícil elegir ejemplos porque éstos pueden ser múltiples y en múltiples áreas, es obvio que el sujeto demanda y la sociedad responde a esa demanda con una oferta de consumo. Tomemos, no obstante, las consultas médicas en ella dicen los médicos de familia cuentan que se consulta por malestares muy diversos, cansancio, migraña, apatía, insomnio, tristeza, impotencia, etc. La respuesta a esa demanda suelen ser antidepresivos, ansiolíticos, analgésicos, estimulantes varios, viagra, etcétera, es una oferta farmacológica pero, sin duda, también una oferta de consumo, ¿podríamos decir que es una oferta de felicidad química?

A las demandas de jóvenes y no tan jóvenes ante lo que pueden hacer con sus vidas, con su presente, con su porvenir, con su tiempo de ocio y de marcha. Quieren saber qué se hace para llenar sus vacíos. La respuesta a estas preguntas puede muy bien ser también una oferta química: drogas de diseño para rendir más en las discotecas, cocaína para estirar la capacidad funcional al límite, heroína como el mejor anestésico ante el dolor de un malestar infinito. También está la oferta del alcohol. Oferta también de carácter químico, la química como medio de hallar la felicidad y, desde luego, no exenta de riesgo.

Hablemos del riesgo, ¿Podemos decir que el riesgo se está imponiendo en el siglo XXI? ¿Existe realmente un desprecio

por la vida, tanto la propia como la ajena? ¿Es el riesgo una característica de este tiempo? «Adrenalina, mucha adrenalina es lo que busco en mis salidas y así poder olvidar el muermo que me provocan los discursos de mis padres, el rollo insoportable de los estudios, el tener que estar dando siempre la imagen de una niña bien, resulta insoportable tener padres tan cultos y tan importantes». Este era el discurso, que no hace mucho, hacía una chica de 19 años cuyas preferencias para divertirse son los juegos de roll que implican emoción y sobretodo riesgo, el puenting, el barranquismo o el llegar al coma etílico, a pesar de no gustarle el alcohol, sólo para saber como se vive ese juego con la muerte. Para esta joven la vida sólo tiene sentido cuando se corre el riesgo de perderla.

Puede decirse que es como una captación por el mercado del plus-de-gozar para su instrumentación, según sus propias leyes, para hacer olvidar al sujeto, hacerle olvidar que es un ser para la muerte haciendo que pierda precisamente el respeto a la muerte jugando con ella. Parece que se estuviera provocando una promoción de la muerte como ideal, un empuje al consumo patrocinado por los estados modernos orientado hacia un plus de goce que vale para todos.

Al parecer el individuo, llegado a este punto, no necesita un Otro que imponga unas normas aunque cuando se llega al autogobierno también surgen problemas. La ausencia de represión no elimina la angustia cuando más la incrementa. Los jóvenes hablan de libertad, creen buscar la libertad rompiendo ataduras sociales de formas de conducta obsoleta para ellos, van contra el cumplimiento de obligaciones, buscan ruptura con la autoridad y no obstante se ven cada vez más atados a la moda, cualquiera que esta sea, al alcohol, a las drogas y al consumo en general. Hasta muy avanzada la modernidad el sujeto ante las limitaciones del deseo luchaba contra

los amos imperantes, la religión, el estado, el poder de la universidad., la diferencia ahora estriva en que el sujeto está cogido por la espalda y así callado y dócil se entrega a la rendición o a lo que algunos denominan como «un dulce secuestro».

Respecto a las normas de las instituciones ni se aceptan ni se lucha contra ellas, ni se tratan de modificar, sólo se ignoran. Lejos está ya el pensamiento de Pablo Freire, cuando en los años sesenta arengaba a los jóvenes con su pedagogía popular diciéndoles que respecto a las estructuras sociales, no se trataba sólo de ir contra ellas sino de trabajar en su transformación y en su progreso.

En este proceso de postmodernización el discurso del Amo sufre con el triunfo del capitalismo por la producción de bienes de consumo. Los objetos de la técnica abarrotan los mercados multiplicando los consumidores que parecen lograr lo imposible: un goce a la disposición de los que puedan acceder a él y que se hayan inscripto en los objetos de marcas diversas, de símbolos. Si encontramos nuevos síntomas en esta nueva época es porque están apareciendo nuevas formas de goce.

Por otra parte hay que pensar en el ideal científico que parece operar con el discurso de la histeria y que viene a anular la particularidad del sujeto. Es un nuevo giro de la historia en el que la ciencia ha ocupado el lugar del amo antiguo, acusando así la impotencia del padre moderno. Esta posición de poder de la ciencia crea una brecha respecto a la ética que implica la neutralidad de los científicos con lo que está funcionando sola y sólo respondiendo a las leyes del mercado. La técnica parece autorizarse en nombre de la ciencia y la demanda de los posibles usuarios lo que puede crear conflictos de difícil respuesta.<sup>6</sup>

En este breve recorrido histórico veíamos como el hombre a partir del siglo XVII se va desligando de sus ataduras, de

la esclavitud, de los trabajos inhumanos, de la carga que infligía la religión. Se buscaba la igualdad ante la ley, el conocimiento, la razón y la crítica. Un hombre que buscaba la libertad porque ese era el ideal del mundo moderno pero que será rebasado en un más allá de la modernidad habiendo vuelto a nuevas formas de esclavitud a la esclavitud del mercado. Pero en ese mercado más allá del coche, los tejanos o la joya que simboliza el amor, más allá de esa imagen del hombre feliz la oferta del consumo puede ir desde la felicidad química a los deportes de riesgo e incluso más allá, al mercado de la droga o los juegos de riesgo. Un mercado en el cual el sujeto empieza a convertirse en objeto mismo, en un objeto más, transformándose él al mismo tiempo en sujeto y objeto de ese mercado.

He aquí el momento histórico en que estamos inmersos, momento de la postmodernidad, he aquí alguno de los síntomas que se nos muestran y es en este momento en el que las palabras de Judith Miller llamaron nuestra atención y dieron lugar a este trabajo. Sí, es cierto, es el momento en el cual los analistas de hoy «deberán renovar su desafío».

### Bibliografía

<sup>1</sup> *Discurso filosófico de la modernidad*. Jürgen Habermas. Ed. Taurus

<sup>2</sup> *J. Lacan y el debate postmoderno*. Jorge Alemán. Ed. Filigranas

<sup>3</sup> *Ensayo de la postmodernidad*. Gianni Vattimo. Universidad de Florencia

<sup>4</sup> *El porvenir de una ilusión*. S. Freud. Amorrortu.

<sup>5</sup> *El malestar de la cultura*. S. Freud. Ed. Amorrortu.

<sup>6</sup> «El Otro que no existe y los comités de ética». Seminario de J. A. Miller y Eric Laurent.